



IN MEMORIAM

ADIOS, P. CHENU

Ricardo de Luis Carballada

El 11 de febrero moría en París Marcel-Dominique Chenu. Teólogo dominico, consagró su vida a la renovación de la teología y de las estructuras evangelizadoras de la Iglesia. Su labor anticipó la renovación que el Vaticano II consagraría. Su persona y obra inspiró a la generación de los grandes teólogos de mediados de nuestro siglo. Chenu supo introducir un nuevo método de elaboración teológica, superando la excesiva deducción conceptual de la escolástica y tomando como punto de partida de la reflexión teológica la vida de fe, y los procesos del mundo. Este nuevo método le conduce a estudiar la cuestión social, fundando así la llamada «teología de las realidades terrenas», cuya influencia es decisiva en la teología contemporánea. Junto a su trabajo intelectual, su vida es un ejemplo de entrega a la renovación misionera. Colaborador de la JOC, ideólogo de la «Misión de Francia» y de la labor de los sacerdotes obreros, animador en la fe de grupos universitarios y de matrimonios, director de instituciones académicas y de diversas publicaciones...

Por cercanía temporal, por afinidad intelectual y por compartir un mismo mundo de preocupaciones, su pensamiento teológico transcurre por la senda del personalismo. «Esprit» recogió varios de sus trabajos, y su teología recoge los grandes temas y la perspectiva del personalismo. Por eso su vida y su obra no deberían ser desconocidas.

Chenu nace en enero de 1895. En 1913 ingresa en el convento de los dominicos de Le Saulchoir. Durante la 1.ª Guerra Mundial estudia en Roma alcanzando el grado de doctor en Teología en 1920. Regresa a Le Saulchoir como profesor de su facultad de Teología. El joven profesor introduce la perspectiva histórica en el estu-



dio de Sto. Tomás hallando como su preocupación central fue la de encontrar una solución al conflicto fe/razón, tal como se planteaba en el medievo. Así, Chenu señala cómo el pensamiento de Tomás de Aquino distingue el contenido de la Revelación y su expresión conceptual. Lo primero es obra de Dios, por consiguiente permanente; lo segundo obra de la historia, por consiguiente relativo. Chenu supo aplicar esta perspectiva al momento cultural en el que vivía, en donde la crisis modernista amenazaba la comprensión católica de la Revelación.

Su nueva perspectiva teológica es expresada en la obra «Une école de Théologie. Le Saulchoir», que levantó los recelos de Roma. En 1938 es llamado a clarificar posturas. En 1942 es introducida esta obra en el Índice de libros prohibidos. Chenu se entera de ello por la radio. Tiene que abandonar sus funciones docentes en Le Saulchoir, y es consolado por algunas personas. Entre ellas el cardenal Suhard que le dirá: «no se preocupe, padre, dentro de veinte años todo el mundo hablará como usted». No se equivocaba el cardenal; veinte años después, el Vaticano II recogía muchas de sus intuiciones.

Tras la condena Chenu asume funciones docentes en «L'Ecole Pratique des Hautes Etudes» de La Sorbona. Su estudio se dirige ahora a analizar el lugar de la fe en el espesor de la historia. Por ello, estudiará la sociedad de masas, el mundo del trabajo, la socialización y los problemas económicos del capitalismo. Todo su trabajo trata de hallar el dinamismo de la gracia en las nuevas condiciones históricas, partiendo del principio teológico que afirma que por la Encarnación toda la economía de la naturaleza lo es de gracia. De este modo trata de superar el dualismo de algunas concepciones cristianas, y una visión individualista y desencarnada, señalando cómo en cualquier desarrollo histórico se contienen valores evangélicos. Su método teológico se hace más inductivo y su preocupación se centra en el tema del compromiso temporal del cristiano. Chenu, desde ahora, se erige como el teólogo central de la «Misión de Francia» y de la evangelización de los «sacerdotes obreros». Pero el 1954 la Misión obrera es suspendida y Chenu es trasladado a Rouen. En 1959 Juan XXIII anuncia la convocatoria del Concilio y Chenu estudiará este acontecimiento desde la posibilidad de la renovación evangélica. Asistirá como teólogo personal de Mons. Roland, obispo de Antsirabé (Madagascar). Finalizado el Concilio Chenu desarrollará su pensamiento estudiando el método y la función de la Teología en la Iglesia. La teología es inteligencia de la fe que se lleva a cabo en la «praxis de la Iglesia». Por eso el teólogo está al servicio del Pueblo de Dios, y arranca de su vida de fe.

La convergencia de la teología de Chenu con el personalismo la podemos encontrar en tres direcciones: —que sólo accedemos al mundo del espíritu a través de la materia; —que frente a las tendencias socializantes hay que afirmar el irreductible personal, y frente al individualismo, la dimensión comunitaria de lo personal; —que el tema decisivo del cristianismo en el siglo XX es el compromiso por la humanización del hombre.

Respecto a lo primero Mounier decía que «nosotros no podemos llegar comúnmente a las más altas realidades espirituales y a Dios mismo sino atravesando la materia». Toda la teología de Chenu es el empeño por mostrar que «la materia es todavía una participación en el ser de Dios, que es continua a pesar del desnivel



ontológico de los seres» y que por consiguiente es una manifestación de su gracia. Respecto a lo segundo, Chenu repetía que «el amor es personal; es lo que, en el hombre hay de más personal, de más irreductiblemente comunicable... Si Dios ama, lo hace en una relación de persona a persona; y si nuestro destino cristiano se debate en la respuesta a este amor de Dios, resulta que el único valor absoluto será la persona humana. Fracaso radical de toda primacía de lo colectivo». Y esto lo complementaba al afirmar que el hombre sólo encuentra su perfección en la comunidad con otros hombres. En cuanto a la tercera convergencia, Mounier señalaba cómo el reto del cristianismo es encontrar un modo de relación con el mundo que supere el modelo teocrático y la acomodación acrítica; toda la vida de Chenu fue un trabajo en esta dirección.

Quiero finalizar esta reseña haciendo una alusión a lo mejor de Chenu, aunque quizás sea lo más desconocido: el ejemplo de su vida. Hay hombres que tienen la virtud de unir vida y obra. Uno de ellos fue Chenu. Nuestro teólogo supo hacer de su vida su mejor obra, y de su obra una prolongación de su vida. Toda su existencia fue un compromiso sincero y sereno por la humanización del hombre a partir del Evangelio y mediante el diálogo con su tiempo. Supo asumir con paciencia y en esperanza las condenas a su obra, convencido siempre que la verdad se hace sitio en la historia y que hay que saber aguardarla. Su militancia personal supo integrar urgencia, firmeza y sencillez. En tiempos de repliegue misionero, como es el nuestro, su vida nos muestra una tarea. En tiempos de simulación e imagen, en los que importa más lo que enseña el escaparate que el conjunto de la tienda, su vida es un canto a la autenticidad. En tiempos de desconfianza en la razón, de olvido y alejamiento creyente de la cultura contemporánea, su vida nos dice que Dios es Palabra que brota de la complejidad de las civilizaciones y a ella retorna. Pero dejemos hablar a los hechos, su mejor lección. Contaba un profesor de teología discípulo de Chenu, cómo en un momento de su vida tuvo que elegir entre asistir a un grupo de personas influyentes (abogados, economistas, técnicos...) o a un grupo de matrimonios del distrito XII de París (zona obrera). Eligió lo segundo: «Estos —decía Chenu— tienen muchas relaciones, y encontrarán en seguida un capellán. En cambio si abandono centros obreros, nadie se ocupará de ellos». Y estos matrimonios decían de él: «Siempre puntual, venía en autobús, por la noche. Lo que más nos impresionaba es que este hombre, cuyos importantes y difíciles quehaceres sospechábamos, estuviera a nuestra disposición. Recordaba todos los detalles de nuestras sencillas vidas domésticas: nombres, fechas, enfermedades, problemas de trabajo o vivienda... Si ocurría algún nacimiento, aparecía en la clínica; igualmente en los fallecimientos. Y, sobre todo, siempre escuchaba. Si venía a nuestra casa de improviso y no había podido avisarnos, se sentaba en un peldaño de la escalera, ante la puerta, para esperarnos. Si llegábamos muy tarde para la cena, él nos ayudaba a pelar las patatas, y no se marchaba sin haber fregado la vajilla con nosotros».

Estas líneas pretenden ser memoria de su vida y obra, que inviten a continuar su trabajo, pero también un modo de agradecer su vida a Quien coloca siempre a nuestro lado testigos de la Vida y la Verdad.